

LOCOS x LAS LOCAS

E.R. Eyrie

Don Pepe había nacido alrededor de los años cincuenta, ni siquiera él conocía su verdadera edad, ya que, en esos tiempos, los padres no acostumbraban a inscribir a sus hijos apenas nacían.

Era un lobo solitario, sin familia conocida, vivió toda su vida en el pequeño pueblo costero, del que todo el mundo hace referencia, cuando no quiere dar una respuesta exacta, como si se tratara del mismísimo *Macondo*.

El mar era toda su vida. Había trabajado de pescador, buzo y comerciante de productos del mar.

Todos los días se levantaba, apenas despuntaba el alba y preparaba su mochila. Luego, se encaminaba hacia su habitual lugar de trabajo, el cual se encontraba bastante distante.

Sí el mar se encontraba muy picado, entonces recogía *huiro* y formaba pequeños montones, los que iba distribuyendo no muy cerca de la orilla.

Nunca formaba grandes pilas, pues éstas no se secaban muy bien y podrían hasta pudrirse. También recogía cochayuyo.

Preparaba los paquetes de cochayuyo y posteriormente los vendía al interior de la caleta, en donde él tenía su lugar reservado.

Algunas veces, se topaba con algún lobo marino muerto y le sacaba la grasa, para producir su famoso "Aceite de Lobo", el cual era muy apetecido entre su clientela.

Compraba más "Sierras" a otros pescadores, (ahumar en gran escala era buen negocio), lo que sumado a las suyas y a su técnica "*secreta*" de ahumado, hacía más rentable su trabajo.

Cuando el mar no quería cooperar, tenía muchas actividades por realizar.

En cambio, cuando el mar le sonreía y lo saludaba, lanzándole pequeñas gotas de rocío marino sobre su curtido rostro, entonces, se zambullía en las profundidades del mar y recolectaba “Locos”.

Para ello, empleaba un Chope, que él mismo había fabricado, era una barra de metal, doblada 60 grados, en uno de sus extremos, la cual usaba para desprender de las rocas sus pequeños tesoros.

Una vez recolectada una cantidad razonable y nunca ambiciosa, procedía a desconcharlos, usando guantes de goma, para evitar manchar sus manos con la sangre azul de los locos, la cual, era prácticamente imposible de quitar (al menos, por un buen tiempo).

Pero, antes de desconchar, los seleccionaba, separando los machos de las hembras, reservando para “sí” las hembras, pues él sabía, que éstas eran más sabrosas, más blandas y producían un efecto más intenso y duradero, tanto, en propiedades médicas como afrodisíacas.

Agarraba una de ellas, “*cruda*” y le daba un mordisco, masticaba muy lentamente, para disfrutar al máximo de su buen sabor, sintiéndose como transportado al séptimo cielo.

Terminada la extracción de los moluscos, tomaba su cámara de neumático y depositaba en su interior la recolección del día, agregándole una porción de sal marina, que recogía de las rocas.

Luego, azotaba varias veces la cámara contra la arena, para blanquear los recursos extraídos. Nunca hacía este procedimiento sobre rocas o cemento, ya que cuidaba que su producto siempre fuera de la mejor calidad y presentación.

Recurría siempre ésta práctica, para blanquear, más que para ablandar, ya que no existe gran diferencia, entre un loco crudo (recién extraído) y uno cocido.

Luego, llegando a su hogar en el pueblo, separaba las “locas”, dejándolas especialmente reservadas para su consumo personal.

El resto de locos, se vendían rápidamente.

En cierta ocasión, llegó hasta la caleta una pareja de turistas, ella de origen chileno y él, un tipo ya mayor, rubio, de ojos azules, que no hablaba ni una pizca de español.

Ella logró convencer a don Pepe, de llevarlos a pasear en su bote, para vivir una nueva experiencia, mientras él efectuaba sus labores.

Don Pepe accedió.

Una vez en su área de extracción se sumergió y al poco rato emergió, trayendo consigo sus tesoros marinos. Desconchó uno y se lo comió crudo ante la mirada atónita de sus acompañantes, luego extendió su mano y les dio a probar un par de “locas”.

Al principio las comieron, con un poco de recelo, pero luego terminaron devorándolas ávidamente, quedando sus dedos manchados con la sangre “**azul**” de los moluscos.

Al día siguiente, llegaron nuevamente los turistas. Se notaban bastante cansados y daban muestras de no haber dormido casi nada.

Ella estaba muy feliz (como nunca antes en su vida), le agradeció y le rogó que le vendiera un par de “locas”, para que su novio estudiara sus propiedades “afrodisíacas”, ya que él era un prestigioso científico, de la farmacéutica más importante del país del norte.

Esto aconteció por allá, en el año 95.

Tres años más tarde, vale decir: en 1998, don Pepe se enteró que los gringos habían descubierto y patentado el Viagra.

Cuando don Pepe cumplió 70 años, poco antes de llegar a su área de manejo, encontró un pequeño chungungo, que estaba llorando la muerte de su madre. Lanzaba al viento, lastimosos chillidos, mientras intentaba inútilmente, revivir a su

progenitora, la cual había muerto por la acción humana. Todo esto fue visto por el pequeño chungungo, quien miraba impotente, aquella terrible acción.

Don Pepe, pudo ver que, el pequeño chungungo, agarró a su madre muerta y la arrastró hasta el mar. La difunta madre comenzó a flotar sobre las olas, pues, su doble y tupido pelaje atrapaba burbujas de aire, que la ayudaban a flotar.

Don Pepe contempló, incrédulo, como el pequeño chungungo, “arrastrando a su madre, se adentró en el mar, perdiéndose en el horizonte, hasta quién sabe dónde”.

Días después, lo volvió a ver, tirado entre las rocas y visiblemente cansado, se notaba que no había comido en mucho tiempo.

Don Pepe, se acercó con unas algas y unos pequeños caracoles, que había sacado de las rocas, pero, el chungunguito, sólo chillaba y trataba de huir, pero estaba muy cansado y débil para lograrlo.

Durante todo el día, don Pepe intentó, una y otra vez, alimentarlo. Hasta que finalmente, después de muchas horas, lo consiguió.

Transcurrieron varios días, el chungungo empezó a confiar en él y así logró recuperar todas sus fuerzas.

Don Pepe estaba feliz de haber arrebatado al pequeño animalito, de una muerte segura y lo bautizó como “Pepito”.

Nació así, una gran amistad entre estos dos seres, que la providencia había enlazado para siempre.

Pepe y pepito se sumergían juntos, don Pepe le enseñó a Pepito las artes de la extracción de locos. Al principio, pepito golpeaba los locos con pequeñas piedras, pero, sólo conseguía que los locos se aferraran más firmemente a las rocas, haciendo casi imposible poder desprenderlos.

Pero, aprendió rápidamente a soltarlos, usando una piedra un poco más grande.

Aprendió la diferencia entre machos y hembras. Al igual que don Pepe, él también prefería las locas. Era muy frecuente, verlo flotar sobre su espalda, llevando entre sus pequeñas manitas, una deliciosa y succulenta “loquita”, de la cual disfrutaba al máximo.

No cabía duda, don Pepe y Pepito, eran “**Locos x las Locas**”. Al acercarse el atardecer, don Pepe regresaba hasta su casa en el poblado y Pepito se refugiaba en su madriguera, la cual poseía dos entradas, una bajo las aguas del mar y la otra por entre las rocas, en la arena seca.

Los chungungos son una especie endémica de Chile y parte del Perú, se les considera, el género más pequeño de las nutrias y también las más inteligentes, ya que son capaces de utilizar y crear herramientas para conseguir sus objetivos, sobrepasando en esto a los chimpancés que también poseen esta habilidad.

Son territoriales, capaces de enamorarse y ser fieles a su pareja.

Pasado un par de años, Pepito tuvo la suerte de encontrar al amor de su vida, a la que posteriormente don Pepe llamó Pepita.

Era común verlos flotar sobre las aguas, tomados de la mano, jugueteando y acariciándose mutuamente.

Don Pepe se sentía cansado, los años estaban pasándole la cuenta, ya no podía arrastrar su pesado bote de madera hasta la orilla y lo reemplazó por uno de goma. Tan poco podía sumergirse como antes, pero eso no constituía ningún problema, ya que de esto se encargaba Pepito, subiendo hasta su bote de goma, los apreciados loquitos.

Así pasaron varios años, don Pepe seguía ahumando pescados, y recolectando algas y cochayuyo, pues ahora, Pepito y Pepita eran los encargados de proveerle aquellos deliciosos manjares del mar.

Ahora don Pepe veía con tristeza, como los pescadores, ya prácticamente no se dedicaban a la pesca, sino a la depredación indiscriminada del huiro, la cual destruía

E.R. Eyrie

el ecosistema de su área de manejo, amenazando la existencia de los chungungos. Como también, la de muchas otras especies.

Si bien es cierto, él también recolectaba huiro, pero siempre lo hacía de lo que arrojaba el mar a la orilla, sin tener la necesidad de maltratar el medioambiente.

Cuando don Pepe cumplió 77 años, cayó desplomado al suelo, como atendiendo a una llamada del Altísimo.

Pepito y Pepita, a duras penas lograron subirlo arriba del bote de goma y tomados de la mano, apesadumbrados, impulsaban el bote a través del mar, adentrándose en la lejanía del horizonte, ... hasta quién sabe dónde.

FIN